

Llamados a cambiar de mentalidad y conducta

III de Adviento. Año C. Lc. 3,2-3,10-18



Hoy, el evangelio nos exhorta a renovarnos porque el Señor viene. ¿Qué debemos hacer? La respuesta se concentra en una sola palabra: conversión. La conversión es un cambio de mentalidad y de

conducta, es tomar un rumbo distinto del que se está siguiendo. San Lucas escribe para una comunidad en la que había muchos cristianos que no eran de origen judío y que no estaban familiarizados con la penitencia, por eso pone en boca de ellos la pregunta respecto de qué significa la conversión. La respuesta del Bautista a quien admiran es el núcleo del evangelio de hoy. La gente comprende muy bien su mensaje, por eso después de escucharle se acercan para preguntarle: ¿Qué debemos

hacer? La respuesta que no tarda en llegar no es teoría vacía: compartan lo que tengan: ropa, comida, etc. No se pregunta lo que hay que pensar, ni siquiera lo que hay que creer. El Evangelio pretende que el oyente de la Palabra de Dios se convierta, es decir, que su conducta y su comportamiento esté de acuerdo con la justicia que exige el Reino. La buena noticia entraña una exigencia clara: los que tienen bienes o poder, deben compartirlos con los que no tienen nada o son más débiles. Gracias a esta

conversión, los pobres son dignificados como hijos de Dios. La conversión es un cambio de conducta más que un cambio de ideas; es la transformación de una situación vieja en una situación nueva. Convertirse es actuar de manera evangélica. ¿Qué debemos hacer? Es la pregunta que hoy nos interpela. Con gestos y acciones concretas de justicia, respeto y solidaridad, los cristianos vamos construyendo un tejido social más digno, conquistamos los cambios profundos que nuestra vida y nuestra

sociedad necesitan. Pero para ello es necesario purificar el corazón, dejarnos empapar por Dios, liberarnos de las ataduras del egoísmo y la comodidad, no temer al cambio y contribuir en la construcción de un futuro no remoto más humano, que sea verdadera expresión del Reino de Dios. Por eso exclamamos con alegría cada día: ¡venga a nosotros tu Reino! ¿Qué estamos haciendo para preparar nuestras vidas, nuestros hogares y lugares de trabajo para acoger al Señor, para participar de su Reino?